

# OPINIÓN

## Cartas

### Eijá, Eijá

Estoy muy de acuerdo con el artículo de Ben Shmuel, y al respecto quisiera hacer algunas observaciones. En primer lugar si bien es cierto que nuestros abuelos formaron diversas instituciones en Santiago, no fue sólo en Santiago que éstas se desarrollaron. También es necesario mencionar a la Comunidad Israelita de Valparaíso, en la cual nuestros abuelos, al igual que en la capital, construyeron un Colegio, una Sinagoga, una Sede Social, un Estadio, un Cementerio, y la formación de todas las instituciones sociales judías como Wizo, Sociedad de Damas Israelitas, Maccabi, etc., las cuales funcionan hasta el día de hoy, siendo la única Comunidad en Chile que posee todas estas instalaciones.

Por otra parte, no es una casualidad que dentro de las cinco Comunidades Masortí (Conservadoras) de Chile, cuatro de sus directores de Culto provengan de una misma formación religiosa, adquiridas en Viña del Mar, a través del Colegio Hebreo, de la mano de su Director Moré Isaac Bergstein(z"l). No sólo nos inculcó la enseñanza del judaísmo y el amor por los valores judaicos, sino que la práctica religiosa a través de la presencia constante en los servicios religiosos y la enseñanza de la tefilá en toda época del año, actuando como janzim desde pequeños, lo que nos condujo a un gran compromiso con nuestra vida comunitaria.

Pienso que la gran carencia que estamos sufriendo hoy en día con nuestros jóvenes, es la falta de una enseñanza religiosa integral que permita comprometerse con nuestros valores de una manera sólida.

Comparto plenamente lo escrito por Ben Shmuel cuando afirma que la bonanza conlleva un alejamiento de nuestra vida judía y sus tradiciones, y es justamente lo que afirma, en forma profética, Moshe en la parsha Haazinu que leímos hace dos semanas: "Shamanta, Avita, Casita, Vayitosh Eloha Asahu" - "Engordaste, engruesaste, y de gordura te cubriste y abandonaste al D's que te hizo". Ojalá estas fiestas altas, que acabamos de celebrar, nos ayuden a reflexionar sobre el rol de cada uno de nosotros frente a nuestras comunidades, y podamos orientar parte de nuestros esfuerzos a comprometernos de manera activa a los diversos ámbitos del quehacer judaico.

Jatimá Tová.

Ronny Arendt  
Director de Culto  
Comunidad Beth Emunah

LA PALABRA ISRAELITA SE RESERVA EL DERECHO DE SELECCIONAR, RESUMIR Y TITULAR LAS CARTAS ENVIADAS A ESTA SECCIÓN. SE RUEGA NO EXCEDER LAS 150 PALABRAS Y DIRIGIRLAS A NUESTRO E-MAIL LAPALABRAISRAELITA@CIS.CL, CON SUS DATOS PERSONALES Y TELÉFONO.

## Dos eventos dispares para reflexionar: Sobre la identidad fragmentada y el tiempo visto a través de Iom Kippur



POR ANDREA SALAMOVICH  
DE ROSENBERG

### Ningún judío de la diáspora logra escabullirse para siempre de su propio sentido de pertenencia.

En cada uno de nosotros, al menos una vez en la vida, palpita la certidumbre del desarraigo. En otro tema, Iom Kippur clavado como una estaca inamovible en cada año, es también el crisol a través del cual observamos, en el espejo de los otros, nuestra propia transmutación.

Sería un absurdo no comenzar este artículo sin pinchar un tema que se ha ventilado a diestra y siniestra por estos días, y que aunque pueda parecer anodino en una instancia preliminar, captura un trasfondo de interés nada menor. La Copa Davis jugada en Ramat Ha Sharón, Tel Aviv, entre el team chileno y el israelí, sí un simple evento deportivo -que en otras tantas oportunidades nos hubiese mantenido en vilo ante los portentosos rechazos de Fernando González- presentó ante los judíos chilenos de la diáspora aquella temida dicotomía, aquella interrogante insalvable que nos enfrenta, sin paliativos, a la verdad de nuestra raigambre, a la figura cincelada sin retoques de nuestra identidad más instintiva, primaria, ésa que aunque se escamotee de por medio de la racionalidad, termina siempre por saltar y soltar un grito agudo en algún momento de nuestra existencia. Pude presenciar a los míos, a un puñado de amigos y a esa nebulosa abstracta que conforma nuestra masa de conocidos, mirar el evento con cierto recelo en un principio, desde una distancia crítica que evitara una decisión férrea, para luego soltar un cada vez más aguerrido entusiasmo a favor del coraje y la obstinación del equipo israelí, que se trastocó en dicha genuina cuando finalmente vino la victoria de los deportistas israelíes liderados por el infatigable Dudi Sela, un partido tenso y eterno. Una vez más recuerdo al querido Kafka como si se tratara de un primo entrañable que nos dejó prematuramente. En el espesor insomne de sus diarios a menudo de describió como un hombre inacabado, un ser trunco, a medio camino -justamente en ese limbo en, esa nada que no pertenece ni un sitio ni al otro-, entre los judíos emancipados del ghetto de los reinos Bohemia y Moravia, que aunque se abstuvieron de la asimilación adoptaron el alemán como primera lengua, y la Europa toda desplegada como una gélida patria que sólo tenía para

ofrecer el estatus cosmopolita y el desarraigo. ¿Cuán lejos estamos nosotros de idéntica problemática aunque finjamos resolverla mediante una especie de doble pertenencia, doble nacionalidad, doble espíritu, doble cuerpo? Aunque algunos, acomodaticios o temerosos, lo nieguen, los judíos de la diáspora también cargamos con el equipaje del extranjero, con la marca ancestral del judío errante, viviendo en un abrigado destino de turno aunque una voz, un susurro, nos advierta de cuando en cuando que no estamos donde pertenecemos.

### IOM KIPPUR COMO MEDIDA DEL TIEMPO

No me enorgullece ser parte de ese grueso contingente de judíos que se aparecen por la sinagoga cuando mucho dos o tres veces en el año. Cuando le digo -para menguar la culpa quizá- a mi padre, observante y de línea ortodoxa, aquel explotado cliché que apunta a que D's está en todas partes, y que por tanto puedo hablar con Él desde mi habitación (en ese monólogo anhelante que aunque no conciba la posibilidad de una respuesta siempre la espera), que la mía es una excusa para no asistir al lugar que ha centralizado el culto, la oración judía por siglos, el más próximo al Beit Ha Midrash en ausencia de éste. Como sea, el sagrado Iom Ha Kippurim, que a través del ayuno busca un distanciamiento de la materia y una elevamiento, por medio de la oración y la teshuvá, hacia un ascetismo espiritual, con toda su estremecedora carga alegórica que habla de portones celestiales abiertos para aceptar nuestras rogativas de perdón para luego cerrarse inapelables con el veredicto y la rúbrica divina durante la Nehilá, me estremecían de niña y continúan impresionándome hoy. Es medio de ese contexto solemne, casi siempre salpicado por esa curiosidad de ver y dejarse ver por los otros, que Iom Kippur se convierte en una particular referencia, en una especie de medida del tiempo. Año tras año, reconozco los mismos rostros, he presenciado como algunos alcanzan la plenitud, otros la vejez, he encontrado en jóvenes madres que cargan a sus niños hoy a las niñas que una vez jugaron conmigo en los amplios y majestuosos tres pisos de la antigua sinagoga de la Benei Isroel en Portugal, he presenciado como adolescentes desgarbadas han trasmutado en mujeres decididas que ya no bajan los ojos al entrar a hurtadillas en el momento de la prédica. Y lo mismo que el protagonista de "En Busca del Tiempo Perdido", sólo he logrado entrever el paso de los años en mi reflejado en los años transcurridos en los otros.

# Sucot Alegría y Fragilidad Humana



POR RAB. MARCELO KORMIS



Ligada a la historia del éxodo, Sucot nos recuerda la travesía de los Benei Israel por el desierto. La festejamos durante siete días, entre el 15 y el 21 de Tishrei. Los dos primeros días son festivos (en Israel sólo el primero) a los cuales les siguen cuatro días intermedios (Jol Hamoed) y el séptimo día llamado Hoshaná Rabá.

Sucot es por sobre todo la fiesta de la alegría. Una explicación del por qué de esta alegría, está ligada a su cercanía con Iom Kipur. En Iom Kipur somos juzgados y perdonados, lo que nos pone muy felices. Pero tan sólo cinco días después llega la festividad de Sucot para recordarnos nuevamente la fragilidad de la vida y lo temporario de nuestra existencia. Uno de los mensajes centrales de esta festividad es recordar que al igual que la Sucá, nuestra vida también es frágil y efímera. No somos eternos, y por lo tanto debemos hacer significativo nuestro paso por este mundo. Vivir en la Sucá nos permite valorar las cosas que tenemos. Ser capaces de agradecerle a D's y a la vez ser más solidarios con aquellos que deben vivir en condiciones similares a una Sucá durante todo el año. Para ser kasher, el techo de la Sucá debe permitirnos divisar el cielo. Es sólo bajo la presencia de D's que podemos encontrar real seguridad y refugio sin importar cuan fuertes y sólidas sean nuestras casas.

¡Jag Sameaj!